

SONÁMBULO I de Norma Jeane

1:26 a.m.

La arena gira deprisa, como un carrusel que permanece intacto en el tornado del tiempo. Los pies rasgan el aire que se estampa en la ventana, que da a la puerta. Las manos rozan la luz falsa que me sobreviene.

Las escaleras de caracol suben y bajan, pero mi cuerpo queda dinámicamente inmóvil. Al traspíe, subo cayendo por un precipicio de nombre grabado en el muro.

2: 39 a.m.

Un resplandor juega a desnudarse con una diagonal envuelta en negro. Hay curvas que carcajean y se mueven enmascaradas. Hay borrones que se suman al suelo y otros que se dispersan.

Oigo tambores que van marcando mis pasos, dejando atrás sombras ennegrecidas que se pierden.

2: 51 a. m.

Cuando la superficie se resbala, una cebra acude al rojo y un rinoceronte pasa a mi lado con la mirada encendida. Un susurro silba y perfora mi oído. ¿Quién es ese compás que está gritando?

4: 47 a.m.

El silencio interrumpe mi paseo. Intento forzar los pasos y el ritmo, pero hay un mutismo que me prohíbe el movimiento. Sus manos me sujetan los tobillos. Mis brazos nadan la oscuridad. El sigilo aún tarda en disiparse. Una alarma de voz insidiosa se lleva por delante el fango de un metrónomo. El asfalto ha carcomido las pisadas negras.

5: 18 a.m.

Mi montaña rusa va abrazando las paredes, va acariciando el cemento y se va dando de bruces con estampas de pincelada blanca y amarilla.

A veces, algo me toca y me lanza al aire; a veces, mi contorno se hace espeso y otras busca fundirse con la niebla. La nebulosa absorbe siluetas que juegan al escondite.

6: 00 a.m.

De un pozo lejano, me llega el sonido de nudillos golpeando una puerta, de voces que traspasan las paredes. Me alcanza la imagen de mí mismo fuera de mí. Es ese otro que soy yo cuando el espejo me devuelve la mirada. Me veo doblado hacia mí mismo.

6: 35 a.m.

De súbito, como una puñalada que no avisa, como una pared que te asalta a la cara, la leve comodidad de mi certeza se desgarras como las sábanas de mi cama. El mundo ha vuelto a la hora en punto de nuevo, sin avisar de ante mano y sin filtrarse. Sin previo aviso, el frío despierta.

Frente a mí, se oyen campanas, la vida comienza a funcionar en una pequeña plaza de la ciudad. Yo estoy apretado contra el muro de una casa mientras los madrugadores van bostezando el inicio del día.

Consciente, siento mis huesos temblar y me caigo al suelo. Desorientado, me busco a mí mismo. La vigilia se hace insoportablemente tangible y quedo atrapado en la realidad de nuevo.

Buenas noches.